



GRAZIA DE LEDDA

CANAS AL VIENTO



Grazia Deledda

Cañas al viento

Título Original: Canne al vento
Traductor: Velloso, José Miguel
©1913, Deledda, Grazia
©1913, Ciudad de Libros
ISBN: 9788415997757
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: Denu1992, 22/04/2018

Traducido del italiano por José Miguel Velloso

Open Road Español distribuye a Ciudad de Libros en todos los territorios, a excepción de España e Hispanoamérica.

Uno



Durante todo el día, Efix, el criado de las señoras Pintor, había trabajado para reforzar el dique primitivo, construido por él mismo poco a poco, a fuerza de años y de fatiga, abajo, en el fondo de la pequeña finca, junto al río, y al caer la tarde contemplaba su obra desde arriba, sentado delante de la cabaña, bajo el ribazo glauco de cañas, a media ladera de la blanca Colina de los Palomos.

He aquí, toda a sus pies, silenciosa y a trechos brillante de aguas en el crepúsculo, la pequeña finca, que Efix consideraba más suya que de sus dueñas. Treinta años de posesión y de trabajo la han hecho suya, y los dos setos de chumberas que la cierran de arriba abajo, como dos muros grises serpenteantes de bancal en bancal, desde la colina al río, le parecen los confines del mundo.

El criado no mira más allá de la pequeña finca porque, además, los terrenos de una parte y de otra habían pertenecido en tiempos a sus amas... ¿Para qué recordar el pasado? Nostalgia inútil. Mejor pensar en el porvenir y esperar y confiar en la ayuda de Dios.

Y Dios prometía una buena añada, o por lo menos hacía cubrirse de flores todos los almendros y melocotoneros del valle, y este, entre dos hileras de colinas blancas, con lejías cerúleas de montes por Occidente y de mar por Oriente, cubierto de vegetación primaveral, de aguas, de breñas, de flores, daba la impresión de una cuna llena de velos verdes, de cintas azules, con el murmullo del río, monótono como el de un niño que se duerme.

Pero los días eran ya demasiado calurosos, y Efix pensaba, además, en las lluvias torrenciales que hinchan el río sin diques y le hacen saltar como un monstruo y destruirlo todo. Esperar, sí, pero no fiarse también: estar alerta como las cañas sobre el ribazo, que, a cada soplo de viento, se golpean una a otra las hojas, como para advertirse del peligro. Para esto había trabajado durante todo el día, y ahora, en espera de la noche, mientras, para no perder tiempo, tejía una estera de juncos, rezaba para que Dios hiciera válido su

trabajo. ¿Qué es un pequeño dique, si Dios con su voluntad no lo hace inexpugnable como una montaña?

Siete juncos a través de un mimbre, pues, y siete plegarias al Señor y a Nuestra Señora del Remedio (bendita sea). He aquí, a lo lejos, en el límite azul del crepúsculo, la iglesia y el recinto de casuchas, quieto como un poblado prehistórico abandonado desde siglos. En aquella hora, mientras la luna se abría como una gran rosa entre los matojos de la colina y los euforbios olían a lo largo del río, también las amas de Efix rezaban. Doña Ester, la más vieja (bendita sea), se acordaba, sin duda, de él, pecador. Bastaba esto para que se sintiera contento y recompensado de sus fatigas.

Unos pasos en la lejanía le hicieron levantar los ojos. Le pareció reconocerlos: eran unos pasos rápidos y leves, de niño, pasos de ángel que corre a anunciar las cosas alegres y las tristes. Hágase la voluntad de Dios: es Él quien envía las buenas y las malas noticias. Pero el corazón empezó a temblarle, y también sus dedos negros agrietados temblaron con los juncos plateados, brillantes bajo la luna como hilos de agua.

Los pasos ya no se oían; sin embargo, Efix se quedó todavía allí, inmóvil, esperando.

La luna subía delante de él, y las voces del atardecer advertían al hombre que su jornada había terminado. Era el grito cadencioso de la abubilla, el chillido de los grillos precoces, algún gemido de pájaro; era el suspiro de las cañas y la voz, cada vez más clara, del río; pero era, sobre todo, un soplo, un jadeo misterioso que parecía salir de la tierra misma. Sí, la jornada del hombre trabajador había terminado; pero empezaba la vida fantástica de los trasgos, de las hadas y de las almas en pena. Los fantasmas de los antiguos barones bajaban de las ruinas del castillo que había sobre el pueblo de Galpe, allá arriba, en la línea del horizonte, a la izquierda de Efix, y recorrían las orillas del río a la caza del jabalí y del zorro. Sus armas brillaban en medio de las hondonadas del río, y el débil ladrido de los perros en la lejanía señalaba su paso.

Efix oía el ruido que las panas, las mujeres muertas de parto, hacían al lavar sus ropas abajo, en el río, batiéndolas con una canilla de muerto, y creía entrever al ammattadore, trasgo con siete barretinas, dentro de las cuales guarda un tesoro, que saltaba de aquí para allá bajo el bosque de almendros, perseguido por vampiros de cola de acero.

Era su paso el que despertaba el brillo de las ramas y de las piedras bajo la luna, y a los espíritus malignos se unían los de los niños no bautizados, espíritus blancos que volaban por el aire convirtiéndose en las nubecitas plateadas detrás de la luna. Y los duendes y las janas, pequeñas hadas que durante el día permanecen en sus casas de roca tejiendo telas de oro en telares de oro, bailaban a la sombra de las grandes matas de filicíneas, mientras los gigantes se asomaban por entre las rocas de los montes batidos por la luna, teniendo de la brida a sus enormes caballos verdes, que solo ellos saben montar, espiando si abajo, entre las extensiones de euforbio maléfico, se escondía algún dragón, o si la legendaria serpiente cananea, viva desde los tiempos de Cristo, se arrastraba por la arena alrededor del pantano.

Todo este pueblo misterioso anima las colinas y los valles, especialmente en las noches de luna. El hombre no tiene derecho a turbarlo con su presencia, igual que los espíritus le han respetado durante el curso del sol: es, pues, tiempo de retirarse y de cerrar los ojos bajo la protección de los ángeles custodios.

Efix se persignó y se levantó, pero todavía esperaba que alguien llegara. A pesar de todo, empujó el tablero que hacía las veces de puerta y apoyó contra él una gran cruz de cañas, que debía de impedir a los trasgos y a las tentaciones penetrar en la cabaña.

El resplandor de la luna iluminaba, a través de las rendijas, la habitación, estrecha y baja en los rincones, pero bastante ancha para él, que era pequeño y delgado como un adolescente. Del techo, de forma cónica, hecho de cañas y juncos, que cubría los muros de piedra y tenía un agujero en el centro para la salida del humo, pendían racimos de cebo-

llas y manojos de hierbas secas, cruces de palma y ramas de olivo bendito, un cirio pintado, una hoz contra los vampiros y un saquito de cebada contra las panas. A cada sople de viento todo temblaba, y las telarañas brillaban bajo la luna. En el suelo, el cántaro reposaba con sus asas en los flancos, y el puchero, cabeza abajo, dormitaba a su lado.

Efix preparó la estera, pero no se acostó. Le parecía todavía oír el rumor de pasos infantiles: alguien venía ciertamente, y, de repente, los perros empezaron a ladrar en las fincas vecinas, y todo el paisaje, que pocos momentos antes parecía haberse adormecido entre el murmullo de plegaria de las voces nocturnas, se llenó de ecos y de temblores, como si se despertara sobresaltado.

Efix volvió a abrir. Una figura negra subía por la ladera donde ya las habas bajas ondulaban plateadas a la luz de la luna, y él, que durante la noche hasta las figuras humanas le parecían misteriosas, se persignó de nuevo. Pero una voz conocida le llamó; era la voz fresca, pero un poco jadeante, de un muchacho que vivía al lado de la casa de las señoras Pintor.

—¡Tío Efixé, tío Efixé!

—¿Qué ha sucedido, Zuannantò? ¿Están bien mis señoras?

—Están bien, sí, me parece. Solo me mandan para decirle que vuelva mañana pronto al pueblo, que tienen necesidad de hablarle. Tal vez es por una carta amarilla que he visto en manos de doña Noemí. Doña Noemí la leía, y doña Ruth, con un pañuelo blanco en la cabeza, como una monja, barría el patio, pero estaba quieta, apoyada en la escoba y escuchaba.

—¿Una carta? ¿No sabes de quién?

—Yo no, no sé leer. Pero mi abuela dice que tal vez es del señor Giacinto, el sobrino de sus amas.

Sí, Efix lo presentía, debía de ser así. Sin embargo, se rasaba pensativo la mejilla, con la cabeza gacha, y esperaba y temía engañarse.

El muchacho se había sentado, cansado, en la piedra de delante de la cabaña, y se desataba los zapatones, preguntando si no había nada que comer.

—He corrido como un ciervo: tenía miedo de los trasgos... Efix levantó su rostro oliváceo, duro como una máscara de bronce, y miró al muchacho con sus pequeños ojos azulados, hundidos y rodeados de arrugas. Y esos ojos, vivos y brillantes, expresaban una angustia infantil.

—¿Te han dicho si tengo que volver esta noche o mañana?

—¡Mañana, le digo! Mientras esté usted en el pueblo, yo me quedaré aquí para guardar la finca.

El criado estaba acostumbrado a obedecer a sus dueñas, y no hizo otras preguntas. Cogió una cebolla del racimo, un pedazo de pan de la alforja, y, mientras el muchacho comía riendo y llorando a causa del olor del áspero companaje, volviendo a charlar. Los personajes más importantes del pueblo pasaban por su conversación: primero venía el rector; luego, la hermana del rector; luego, el milés, que se había casado con una hija de aquella y se había convertido, de vendedor ambulante de naranjas y de ánforas, en el más rico mercader del pueblo; seguía don Predu, el alcalde, primo de las dueñas de Efix. También don Predu era rico, pero no tanto como el milés. Luego venía Kallina, la usurera, rica también ella, pero de una manera misteriosa.

—Los ladrones han intentado romper su muro. Inútil: está encantado. Y ella reía esta mañana, en su patio, diciendo: «Aunque entraran, encontrarían solamente cenizas y clavos. Pobre soy yo, pobre como Cristo». Pero mi abuela dice que tía Kallina tiene un saquito lleno de oro escondido en la pared.

Pero a Efix, en el fondo, poco le importaban estas historias. Acostado en su estera, con una mano bajo la axila y la otra bajo la mejilla, sentía latir su corazón, y el susurro de las cañas en el ribazo le parecía el suspiro de un espíritu maléfico.

¡La carta amarilla! Amarillo, feo color. ¡Quién sabe lo que tenía que sucederles todavía a sus dueñas! De veinte años a esta parte, cuando algún acontecimiento rompía la monótona vida de casa Pintor, era invariablemente una desgracia.

También el muchacho se había acostado, pero no tenía ganas de dormir.

—Tío Efix, también hoy mi abuela contaba que sus dueñas eran ricas como don Predu. ¿Es verdad o no es verdad?

—Es verdad —dijo el criado, suspirando—. Pero no es hora de recordar estas cosas. Duerme.

El muchacho bostezó.

—Pero mi abuela cuenta que después de muerta doña María Cristina, el ama vieja, pasó como la excomuniación por su casa. ¿Es verdad o no es verdad?

—Duerme, te digo; no es hora...

—¡Déjeme hablar! ¿Y por qué huyó doña Lia, su señorita? Mi abuela dice que usted lo sabe, que la ayudó a huir, que la acompañó hasta el puente, donde se escondió hasta que pasó un carro, en el que ella se fue hasta el mar. Allí se embarcó. Y que don Zame, su padre, el amo de usted, la buscaba, la buscaba, hasta que se murió. Murió allí, junto al puente. ¿Quién lo mató? Mi abuela dice que usted lo sabe...

—¡Tu abuela es una bruja! ¡Ella y tú, tú y ella, dejad en paz a los muertos! —gritó Efix.

Pero su voz era ronca, y el muchacho rio con insolencia.

—¡No se enfade, que le hace daño, tío Efix! Mi abuela dice que fue un trasgo quien mató a don Zame. ¿Es verdad o no es verdad?

Efix no contestó. Cerró los ojos, se puso la mano sobre la oreja; pero la voz del muchacho sonaba en la oscuridad, y le parecía que era la voz de los espíritus del pasado.

Y he aquí que, poco a poco, todos se congregan alrededor y penetran por las rendijas como los rayos de la luna: es doña María Cristina, hermosa y tranquila como una santa; es don Zame, colorado y violento como el Demonio; son las cuatro hijas, que, en su cara pálida, tienen la serenidad de la madre y, en el fondo de los ojos, la llama del padre; son los criados, las criadas, los parientes, los amigos, toda la gente que invade la hermosa casa de los descendientes de los barones de la región. Pero pasa el viento de la des-

gracia y la gente se dispersa, como las nubecitas en el cielo alrededor de la luna cuando sopla la tramontana.

Doña Cristina está muerta. La cara pálida de las hijas pierde un poco de su serenidad, y la llama en el fondo de los ojos crece. Crece a medida que don Zame, después de la muerte de su mujer, adquiere cada vez más el aspecto altanero de los barones antepasados suyos, y, como estos, tiene encerradas en casa, igual que esclavas, a las cuatro muchachas en espera de maridos dignos de ellas. Y como esclavas tenían que trabajar: hacer el pan, coser, guisar, saber vigilar sus cosas, y, sobre todo, no debían levantar los ojos delante de los hombres, ni permitirse pensar en uno que no estuviese destinado a ellas como marido. Pero los años pasaban y el marido no venía, y cuanto más envejecían sus hijas, más don Zame pretendía de ellas una constante severidad de costumbres. ¡Ay si las veía asomadas a las ventanas que daban al callejón de detrás de la casa, o si salían sin su permiso! Las abofeteaba, cubriéndolas de insultos, y amenazaba de muerte a los jóvenes que pasaban dos veces seguidas por la calleja.

Él, mientras tanto, pasaba los días vagando por el pueblo, o sentado en el banco de piedra delante de la tienda de la hermana del rector. La gente daba media vuelta al verlo, de miedo que tenían a su lengua. Él discutía con todos, y era tan envidioso del bien ajeno, que cuando pasaba por una buena finca decía: «Así los pleitos te devoren.» Pero los pleitos acabaron devorando sus tierras, y una desgracia inaudita le hirió de repente, como un castigo de Dios por su soberbia y sus prejuicios. Doña Lia, la tercera de sus hijas, desapareció una noche de la casa paterna y durante mucho tiempo no se supo nada de ella. Una sombra de muerte gravitó sobre la casa: nunca en el pueblo había sucedido una cosa igual. Nunca una muchacha noble y bien educada, como Lia, había huido así. Don Zame pareció enloquecer, corrió por todas partes, por todo el distrito y a lo largo de la costa en busca de Lia, pero nadie le supo dar razón de ella. Finalmente, ella escribió a sus hermanas diciendo que se encontraba en lugar seguro y que estaba

contenta de haber roto sus cadenas. Pero las hermanas no la perdonaron y no le contestaron. Don Zame se había vuelto todavía más tirano: vendía los restos de su patrimonio, maltrataba al criado, molestaba a medio mundo con sus querellas, viajaba siempre con la esperanza de encontrar a su hija y de llevarla de nuevo a casa. La sombra de la deshonra que gravitaba sobre él y sobre toda la familia por la fuga de Lía le pesaba como una capa de condenado. Una mañana fue encontrado muerto en el camino, en el puente pasado el pueblo. Debía de haber muerto de un síncope, porque no representaba ninguna señal de violencia, solo una pequeña mancha verde en el cuello, bajo la nuca.

La gente dijo que tal vez don Zame había discutido con alguien y que le habían matado a bastonazos, pero con el tiempo este rumor pasó y predominó la certidumbre de que se había muerto de dolor por la fuga de su hija.

Lia, mientras tanto, mientras sus hermanas, deshonradas por su fuga, no encontraban marido, escribió anunciando su matrimonio. El marido era un tratante de ganado que ella había encontrado por casualidad durante su viaje de fuga. Vivían en Civitavecchia, en un discreto bienestar, y debían tener pronto un hijo.

Las hermanas no le perdonaron este nuevo error —el matrimonio con un hombre plebeyo encontrado de tan triste manera—, y no le contestaron.

Algún tiempo después, Lia escribió de nuevo, anunciando el nacimiento de Giacinto. Ellas enviaron un regalo a su sobrinito, pero no escribieron a la madre.

Y los años pasaron, Giacinto creció, y cada año, por Pascua y por Navidad, escribía a las tías, y las tías le mandaban un regalo. Una vez escribió que estudiaba; otra, que quería entrar en la Marina; otra, aun que había encontrado un empleo; luego anunció la muerte de su padre; después, la muerte de su madre, y finalmente manifestó su deseo de visitarlas y de establecerse con ellas si en el pueblo encontraba trabajo. Su pequeño empleo en la Aduana no le gustaba: era humilde y penoso, le chupaba la juventud, y a él le agradaba la vida laboriosa, sí, pero simple, al aire libre.

Todos le aconsejaban que fuera a la isla de su madre para probar fortuna con un trabajo honrado.

Las tías empezaron a discutir, y cuanto más discutían menos de acuerdo estaban.

—¿Trabajar? —decía doña Ruth, la más tranquila—. ¡Si el pueblecito no bastaba para mantener ni siquiera a aquellos que habían nacido en él!

Doña Ester, en cambio, favorecía los proyectos del sobrino; mientras que doña Noemí, la más joven, sonreía, fría y burlesca.

—Tal vez cree venir aquí a hacer de señor. ¡Que venga, que venga! Irá a pescar al río.

—Él mismo dice que quiere trabajar, Noemí, hermana mía: trabajará, pues; hará de tratante, como su padre.

—Debía de haberlo hecho antes entonces. Nuestros parientes nunca han comprado bueyes.

—¡Otros tiempos, Noemí, hermana mía! Por otra parte, ahora los señores son los comerciantes. ¿Ves el milés? Pues este dice: «El barón de Galte ahora soy yo».

Noemí se reía, con una mala mirada en sus ojos profundos, y su risa desanimaba a doña Ester más que todos los argumentos de la otra hermana.

Todos los días era la misma historia: el nombre de Giacinto resonaba por toda la casa, y hasta cuando las tres hermanas callaban, él estaba en medio de ellas, como siempre lo había estado desde el día de su nacimiento, y su figura desconocida llenaba de vida la casa en ruinas.

* * *

Efix no recordaba nunca haber tomado parte directa en las discusiones de sus dueñas: no se atrevía, ante todo, porque ellas no le consultaban, luego para no tener escrúpulos de conciencia, pero deseaba que el muchacho viniera.

Él le quería, le había querido siempre, como a una persona de la familia.

Después de la muerte de don Zame, él se había quedado con las tres señoras para ayudarles a solucionar sus asuntos

embrollados. Los parientes no se preocupaban de ellas; al contrario, las despreciaban y las rehuían. Ellas solo eran capaces de realizar las labores domésticas, y ni siquiera conocían la pequeña finca, último resto de su patrimonio.

—Me quedará todavía un año a su servicio —había dicho Efix, apiadado de su abandono.

Y se había quedado veinte años.

Las tres mujeres vivían de la renta de la finca cultivada por él. En las añadas escasas, doña Ester decía al criado, llegado el momento de pagarle (treinta escudos al año y un par de zapatos):

—Ten paciencia, por amor de Cristo, lo tuyo no te faltará.

Y él tenía paciencia, y su crédito aumentaba de año en año, tanto que doña Ester, un poco bromeando y un poco en serio, le prometía dejarle heredero de la finca y de la casa, aunque él fuera más viejo que ellas.

Viejo ya y débil; pero era un hombre, y bastaba su sombra para proteger todavía a las tres mujeres.

Ahora era él quien soñaba para ellas la buena suerte. ¡Por lo menos que Noemí encontrara marido! ¿Y si la carta amarilla trajera una buena noticia? ¿Y si anunciara una herencia? ¿Y si fuera precisamente una petición de matrimonio para Noemí? Las señoras Pintor tenían todavía ricos parientes en Sassari y en Nuoro: ¿por qué uno de ellos no podía casarse con Noemí? El mismo don Predu podía haber escrito la carta amarilla...

Y he aquí que, en la fantasía cansada del criado, las cosas cambian de repente de aspecto, como de la noche al día: todo es luz y dulzura. Sus nobles dueñas se rejuvenecen, emprenden de nuevo el vuelo, como águilas que han readquirido sus plumas; su casa resurge de sus ruinas y todo alrededor reflorece, como el valle en primavera.

Y a él, al pobre criado, no le queda sino retirarse para el resto de su vida en la pequeña finca, desplegar la estera y reposar en Dios, mientras en el silencio de la noche las cañas susurran la plegaria de la tierra que se adormece.

Dos

Partió al alba, dejando al muchacho para guardar la finca. El camino hasta el pueblo era en cuesta, y él andaba despacio, porque el año pasado había tenido las fiebres de la malaria y las piernas se le habían quedado muy débiles. De vez en vez se detenía y se volvía para mirar la finca, toda verde entre las dos murallas de chumberas, y la cabaña, arriba, negra entre el glauco de las cañas y el blanco de la roca, le parecía un nido, un verdadero nido. Cada vez que se alejaba de ella, la miraba así, tierno y melancólico, precisamente como un pájaro que emigra. Sabía que dejaba allá abajo la parte mejor de sí mismo, la fuerza que da la soledad y la separación del mundo, y andando cuesta arriba por el camino, a través de los brezos, los juncos, los bajos alisos a lo largo del río, le parecía ser un peregrino, con la pequeña alforja de lana al hombro y un bastón de saúco en la mano, en marcha hacia un lugar de penitencia: el mundo. Pero hágase la voluntad de Dios y vayamos adelante. He aquí que de repente el valle se abre, y sobre la cima a pico de una colina, parecida a un enorme cúmulo de escombros, aparecen las ruinas del castillo. Desde una muralla negra, una ventana azul, vacía como si fuera el ojo del pasado, mira el melancólico panorama rosado por el sol naciente, la llanura ondulada con las manchas grises de las arenas y las manchas amarillentas de los juncos, la vena verdosa del río, los pueblecitos blancos con su campanario en el centro, como el pistilo de la flor; los montículos sobre los pueblecitos y, en el fondo, la nube color malva y oro de las montañas de Nuoro, Efix camina, pequeño y negro entre tanta grandiosidad luminosa. El sol oblicuo hace brillar toda la llanura. Todo junco tiene un hilo de plata, de cada mata de euforbio sale un grito de pájaro, y he aquí el cono verde y blanco del monte de Galte, surcado de sombras y de fajas de sol, y a sus pies, el pueblo, que parece compuesto solamente por los escombros de la antigua ciudad romana. Largos muros en ruinas, casuchas sin techo, paredes cuarteadas, restos de patios y de vallas, chozas intactas más melancólicas, que los mismos escombros blanquean las ca-

lles en cuesta, surcadas en el centro por gruesas rocas. Piedras volcánicas esparcidas por todas partes dan la impresión de que un cataclismo ha destruido la antigua ciudad y ha desperdigado a los habitantes. Alguna casa nueva surge tímida entre tanta desolación, y los granados y los algarrobos, los grupos de chumberas y de palmeras dan una nota de poesía a la tristeza del lugar.

Pero a medida que Efix subía, esta tristeza aumentaba, y para coronarla se extendía sobre el ribazo, a la sombra del monte, entre setos de espinos y de euforbios, los restos de un antiguo cementerio y la basílica pisana en ruinas. Las calles estaban desiertas y las rocas a pico del monte parecían ahora torres de mármol.

Efix se detuvo delante de un portal contiguo al del antiguo cementerio. Ambos eran casi iguales, precedidos por tres escalones rotos invadidos por la hierba; pero mientras el portal del antiguo cementerio estaba coronado por un tablero corroído, el de las tres señoras tenía un arco de mampostería, y en el arquitrabe se veían los restos de un escudo: una cabeza de guerrero con yelmo y un brazo armado de una espada. El lema era: *Quis resistit hujas?*

Efix atravesó el amplio patio cuadrado, que tenía en el centro, como las calles, una especie de surco de piedra para el desagüe de las aguas de lluvia, y se quitó la alforja del hombro, mirando si alguna de sus dueñas se asomaba. La casa, de un solo piso, además de la planta baja, se levantaba al fondo del patio, dominada en seguida por el monte, que parecía gravitar encima de ella como una enorme capucha blanca y verde.

Tres portezuelas se abrían bajo un balcón de madera en forma de galería que fajaba todo el piso superior de la casa, al que se subía por una escalera exterior en mal estado. Una cuerda negruzca, anudada y atada a estacas plantadas en los ángulos de los escalones, sustituía a la baranda desaparecida. Las puertas, los sostenes y la balaustrada del balcón eran de madera finamente tallada, pero todo se caía, y la madera, corroída y negra, parecía deshacerse en